

## ÑAURENDA: LECCIONES DE EDUCACIÓN INTEGRAL EN UNA COMUNIDAD GUARANÍ

*“La educación no cambia el mundo; cambia a las personas que van a cambiar el mundo.”  
— Paulo Freire*

**Autor**



**CI: 7244546**

Est. Cristian Marcial Plata Paz

Especialidad: Matemática 2do año

Una noche, en la comunidad guaraní de Ñaurenda, tuve que subir junto a alguno a mi compañero Ivar L. Sanchez G. por un tramo del monte para asistir a una reunión virtual. En la comunidad se tenían algunos puntos donde era posible captar señal telefónica, pero ese era el más cercano para nosotros. Mientras observaba la tenue luz de los celulares en medio de la oscuridad del monte, comprendí con claridad una realidad que muchas veces permanece invisible dentro de los discursos educativos: la profunda brecha tecnológica que aún separa a muchas comunidades rurales del resto del país.

Esta experiencia formó parte de la Práctica Educativa Comunitaria (PEC), una etapa fundamental en el proceso de formación docente que me permitió conocer de cerca los desafíos educativos presentes en contextos rurales. Antes de llegar a Ñaurenda, había trabajado durante varios años como docente en un colegio particular de la ciudad de La Paz. En ese contexto educativo contábamos con recursos que facilitaban el trabajo pedagógico: proyectores, computadoras y materiales que permitían desarrollar diversas actividades prácticas. Sin embargo, esa experiencia también me hizo comprender que enseñar en contextos con mayores recursos no siempre refleja los desafíos que enfrentan muchas comunidades del país. Mi llegada a Ñaurenda permitió mirar la educación desde otra perspectiva, donde la creatividad docente y el apoyo comunitario adquieren un valor fundamental.

A pesar de estas limitaciones, la comunidad me recibió con una hospitalidad que marcó profundamente mi experiencia. Durante la estadía conté con la ayuda generosa de muchas personas, entre ellas de mi compañera Dina M. Tapia G. y su familia quienes brindaron apoyo en cuanto a la alimentación, mientras que los dirigentes de la comunidad habilitaron un espacio en el internado para que mi compañero y yo pudiéramos hospedarnos durante el tiempo de práctica. Asimismo, es necesario agradecer al Lic. Víctor Tarecayu M. y a la Lic. Nimiam A. Arancibia T., docentes de lengua guaraní, quienes nos facilitaron el transporte de ida hacia la comunidad utilizando su movilidad, incluso en un contexto complejo marcado por la escasez de gasolina que atravesaba el país en ese momento. Estos gestos reflejan el profundo sentido de solidaridad que caracteriza a las comunidades rurales.

La experiencia en Ñaurenda también permitió observar con mayor claridad algunos de los desafíos estructurales que afectan a la educación en contextos comunitarios. Uno de los más evidentes es la brecha digital. La ausencia de conectividad limita el acceso a múltiples herramientas educativas que hoy forman parte de la enseñanza contemporánea. Sin embargo, durante mi estadía también pude conocer el esfuerzo que la propia comunidad había realizado para enfrentar esta situación. Los dirigentes nos contaron que, durante varios meses, la comunidad recibió y alojó a ingenieros encargados de construir y activar la antena de telecomunicaciones que permitiría brindar la cobertura de señal a la zona. No fue un trabajo inmediato; requirió organización, coordinación y la colaboración constante de los comunarios.

Un fin de semana tuve la oportunidad de acompañar a algunos de ellos hasta el lugar donde se encontraba instalada la antena. Allí pude observar de cerca el trabajo que se había realizado para activar la conectividad. Gracias a ese esfuerzo conjunto entre la comunidad y las instituciones públicas, hoy Ñaurenda cuenta con cobertura telefónica.

Conversando con los dirigentes comprendí que este proyecto no había surgido solo por la necesidad de comunicación cotidiana. Muchos de ellos pensaban especialmente en los jóvenes de la comunidad. No querían que las nuevas generaciones quedaran aisladas de una herramienta que, bien utilizada, puede ampliar sus oportunidades de aprendizaje y acceso al conocimiento. Fue en ese momento cuando empecé a comprender que la tecnología, por sí sola, no transforma las realidades educativas. Solo adquiere verdadero

sentido cuando se integra a un proyecto pedagógico y comunitario orientado al desarrollo de los estudiantes.

Otro aspecto que llamó profundamente mi atención fue la relación directa entre las condiciones de vida y el proceso educativo. Durante mi estancia en el internado observé que algunos estudiantes salían a pescar cada fin de semana para generar recursos que les permitieran continuar con sus estudios. Este esfuerzo refleja una admirable resiliencia, pero también evidencia las limitaciones materiales y la falta de variedad en la alimentación cotidiana que enfrentan muchos jóvenes en contextos rurales.

La escasez de frutas, verduras y otras fuentes variadas de nutrientes afecta no solo la salud física, sino también la capacidad de concentración, la memoria y el rendimiento académico. Fue entonces cuando comprendí que hablar de educación integral implica también reflexionar sobre las condiciones básicas que permiten aprender. Pretender enseñar sin garantizar condiciones mínimas es como pedirle a un estudiante que corra descalzo sobre un camino lleno de piedras: puede intentarlo, pero siempre lo hará en desventaja.

Las aulas revelaron otro desafío importante: la presencia de vacíos académicos acumulados. En algunos cursos de secundaria, ciertos estudiantes aún no dominaban las tablas de multiplicar, mientras que en primaria se observaban diferencias significativas en el proceso de lectura. Algunos niños ya leían con fluidez, mientras que otros apenas comenzaban a reconocer las letras.

Estas diferencias no respondían a la capacidad de los estudiantes, sino principalmente al acompañamiento familiar desigual. Aquellos que contaban con apoyo en casa lograban avanzar con mayor rapidez, mientras que otros acumulaban rezagos que en algunos casos derivaron en abandono escolar.

Frente a esta realidad, se hace evidente que la educación integral requiere estrategias pedagógicas inclusivas: refuerzos diferenciados, metodologías activas y una mayor participación de las familias en los procesos educativos. En contextos comunitarios, el rol del docente no se limita a transmitir conocimientos, sino que implica también acompañar, motivar y generar oportunidades para que cada estudiante encuentre su propio ritmo de aprendizaje.

A pesar de las dificultades, también pude observar experiencias profundamente alentadoras. En el internado, los estudiantes no solo practicaban deportes cada tarde, sino que también se reunían por las noches para ayudarse mutuamente con sus tareas escolares. Este aprendizaje entre pares demostraba que la educación también se construye a través de la cooperación y el apoyo colectivo.

Un momento significativo ocurrió cuando encontré a un grupo de jóvenes practicando el idioma guaraní durante la noche. Aunque Ñaurenda es una comunidad guaraní, muchos estudiantes utilizan cada vez menos su lengua ancestral. Conversando con un dirigente local comprendí que preservar el guaraní no es simplemente una aspiración cultural, sino una lucha por la identidad y la dignidad de la comunidad. La lengua, la memoria histórica y las tradiciones forman parte esencial del desarrollo integral de los estudiantes. Un joven que reconoce y valora sus raíces enfrenta el futuro con mayor seguridad y autoestima.

La experiencia en Ñaurenda me permitió comprender que la educación integral no es una idea abstracta, sino una necesidad concreta en contextos donde múltiples factores influyen en el proceso educativo. No basta con ampliar los contenidos del currículo; es fundamental articular el aprendizaje académico con la salud, la nutrición, la tecnología, la familia y la cultura.

Educar en contextos comunitarios implica crear condiciones para que los estudiantes no solo adquieran conocimientos escolares, sino que también crezcan como personas capaces de vivir con dignidad, sentido de pertenencia y compromiso con su comunidad. En un mundo cada vez más interconectado, la verdadera conexión educativa no se mide únicamente por la intensidad de la señal de internet, sino por la fuerza de una comunidad que decide trabajar unida para que sus jóvenes tengan acceso al conocimiento y a mejores oportunidades de aprendizaje.